

**“Que redundase en beneficio de sus compatriotas”: Julio de Larracochea,
Ramonchu en Shanghai y la China modelable**

Carles Prado-Fonts*

Universitat Oberta de Catalunya

Abstract

Julio de Larracochea served as vice-consul in Shanghai between 1932 and 1936. After the outbreak of the Civil War he returned to Spain and wrote *Ramonchu en Shanghai* hoping that it would help him recover his post. The novel was published in 1941 and served its purpose. *Ramonchu en Shanghai* projects a representation of a distant China that favors Larracochea's agenda and the exaltation of Spanish patriotism at the beginning of Francoism. This article argues that the effectiveness of Larracochea's project is based on the inconsistency of *China* as signified. Here we can see how the orientalist and othering paradigms of previous centuries are still prevailing, even if they now coexist with more mature paradigms in the European context. Caught between a global scenario extremely interested in China and a national framework still politically uncertain, *Ramonchu en Shanghai* is able to transculturate the image of China towards a localized and particular representation that contributes to the construction of Spain during the first years of Francoism by using otherness and concepts such as patriotism, cultural imperialism or race.

Keywords: China; Julio de Larracochea; otherness

* Email: cprado@uoc.edu

Resumen

Julio de Larracochea sirvió como vicecónsul en Shanghai entre 1932 y 1936. Al estallar la Guerra Civil regresó a España y escribió la novela *Ramonchu en Shanghai* con la esperanza de que le ayudaría a recuperar su cargo diplomático. La obra se publicó en 1941 y cumplió con su propósito. *Ramonchu en Shanghai* proyecta una representación de China distante que facilita la agenda del autor y la exaltación del patriotismo español a inicios del franquismo. El presente artículo sostiene que la efectividad del proyecto de Larracochea se basa en la inconsistencia de *China* como significado. Así se nos muestra cómo los paradigmas orientalistas y alterizantes de siglos anteriores siguen vigentes, aunque convivan con paradigmas representacionales más maduros en el ámbito europeo. A caballo entre un escenario global enormemente interesado por China y un marco nacional políticamente incierto, *Ramonchu en Shanghai* es capaz de transculturar la imagen de China hacia una representación localizada y particular que, mediante la alterización y el uso de conceptos como patriotismo, imperialismo cultural o raza, contribuye a la construcción de España durante los primeros años del franquismo.

Palabras clave: China; Julio de Larracochea; alteridad

Aunque pueda parecer sorprendente, la novela *Ramonchu en Shanghai* (1941) de Julio Larracochea no relata apenas nada ni de Ramonchu ni de Shanghai. Se trata de una obra singular precisamente por la manera como elude los temas que, por su título, se le supondrían nucleares. Si bien la novela se estructura alrededor del viaje de Ramón Aldabe,

un joven vasco que decide enrolarse como pelotari en un frontón de Shanghai a inicios de la década de 1930, la atención narrativa recae fundamentalmente sobre la periferia de dicha estancia: el trayecto de ida en barco ocupa prácticamente la mitad del libro (11 capítulos a través de Port-Said, el canal de Suez, Jibut, el Mar Árabe, Colombo, el Estrecho de Malacca, Penang, Singapur y Manila) y el trayecto de regreso en tren es también extenso (7 capítulos a través de Japón, Corea, Manchukuo y la URSS). Sólo una cuarta parte de la obra (los 6 capítulos intermedios restantes) se desarrolla en Shanghai, donde Ramonchu residirá entre 1932 y 1934. Asimismo, la trama está sólo ligeramente sujeta al protagonista. Y, si bien el hilo argumental se despliega gracias al alistamiento de Ramón al frontón de Shanghai y a su relación amorosa con Gloria, una joven argentina divorciada a quien conoce en el barco, en ningún momento el protagonista adquiere profundidad como personaje y no es más que un mero títere al servicio de las excursiones del narrador.¹

Si ni Ramonchu ni Shanghai desempeñan un papel determinante en la novela de Larracochea, ¿qué es lo que motiva que destaquen en su título? ¿Por qué la novela se centra tanto en los viajes del protagonista y tan poco en sus vivencias en territorio chino? ¿Por qué, a pesar de sus notables lagunas narrativas y formales, esta obra llegó a ver la luz en España con cierto éxito? El presente artículo explora estas cuestiones en una obra que, publicada en 1941 por un autor que había ejercido de vicedónsul en Shanghai entre 1932 y 1936, revela una serie de presencias y ausencias que, por su singularidad, problematizan la representación de China en los primeros años del franquismo.

Las representaciones de China en Europa y Estados Unidos durante el primer tercio del siglo XX han sido ampliamente estudiadas. Obras canónicas de alcance panorámico como las de Raymond Dawson, Colin Mackerras o Jonathan Spence muestran como en este período se produce en Occidente un movimiento social e

intelectual de gran interés por China en el que, como veremos, confluyen una amplia gama de inquietudes.² Esta confluencia amplía el corpus de publicaciones (académicas, periodísticas y populares) sobre China y, por primera vez en la historia, genera un marco interpretativo de la realidad china plural y verdaderamente complejo.

Esta pluralización se dio también en España, pero las representaciones españolas de China en las primeras décadas del siglo XX no han sido examinadas cabalmente. Los estudios canónicos sobre representaciones de China en Occidente sólo incluyen referencias a Juan González de Mendoza, Diego de Pantoja o Domingo Fernández de Navarrete en tanto que autores de las primeras observaciones sistemáticas sobre China en los siglos XVI y XVII, producidas en el seno de una red religiosa que, de hecho, trascendía los confines de una única nación y que tuvo una importancia fundamental en el desarrollo político y cultural en Europa. El presente artículo asume que, a pesar del declive de España como potencia colonial y de la disminución de los contactos con China, los contactos entre ambos países prosiguieron en los siglos XVIII, XIX y XX y, precisamente por darse en marcos institucionales y políticos menos sistematizados, contribuyen desde su singularidad a un conocimiento más íntegro de las relaciones interculturales a nivel global en esta época.³

De hecho, algunas obras recientes ya han empezado a indagar la integración del papel singular de España dentro de las interacciones occidentales con China en los siglos XVIII y XIX. David Martínez-Robles y Ander Permanyer han evidenciado cómo España estuvo implicada —a veces de modo relevante— en fenómenos de alcance internacional como la Revuelta Taiping (1850–1864) o la economía del opio.⁴ Aunque no traten específicamente de las representaciones españolas de China, sus conclusiones demuestran que la presencia española en este país no fue meramente testimonial, sino que fue una parte significativa del conjunto de interacciones occidentales que se dieron en este

período. Por otra parte, Joan Torres-Pou ha examinado las visiones españolas de Asia en el siglo XIX, incluyendo las de escritores y diplomáticos como Luis Valera y Adolfo Mentaberry específicamente sobre China. Su trabajo revisa la noción de orientalismo de Said desde un ángulo singularmente español y plantea una discusión de alcance global, que va más allá de los intereses españoles específicos.⁵

La figura de Julio de Larracochea (1901–1999) ha sido también poco estudiada hasta el momento. José Eugenio Borao ha analizado su rol como vicecónsul y encargado de negocios en el consulado general de Shanghai antes de la Guerra Civil y su producción literaria ha sido mencionada en estudios centrados en sus (posibles) entresijos autobiográficos.⁶ Borao ha especulado sobre el motivo que llevó a Larracochea a escribir *Ramonchu en Shanghai* y, a partir del contraste con los datos que constan en el archivo del consulado de Shanghai, ha determinado el grado de veracidad de la novela para catalogarla como documento histórico con validez actual.

El presente artículo se enmarca en estos incipientes desarrollos académicos y en el vacío bibliográfico aún existente sobre Larracochea y las representaciones de China en la España de la primera mitad del siglo XX. Su objetivo es examinar la obra de Larracochea desde una perspectiva más amplia, que ponga en relación el componente biográfico con dos dimensiones adicionales que se nos antojan imprescindibles: sus características formales y el contexto europeo en el que se genera. Utilizando el ejemplo de *Ramonchu en Shanghai*, el artículo explora las representaciones de China en la España y en la Europa de la década de 1930 y 1940 y muestra la utilización de la imagen de China tras los nuevos escenarios globales que se dieron entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Se trata de un momento históricamente singular para las representaciones de China en Occidente, que circularon a una escala y con una fluidez insólitas. La novela de Larracochea facilita un análisis crítico de este contexto desde un ángulo novedoso.

El artículo sostiene que, en una época en la cual, por primera vez en la historia, en Occidente se amplió el espectro de representaciones de China y se divulgó una imagen de la sociedad china más humanizada y contemporánea que tuvo una gran repercusión, la novela de Larracochea proyecta en España una representación de China distante, más propia del paradigma orientalista que, dentro de este nuevo espectro más amplio en el ámbito europeo, representa aún a China como una entidad monolítica, primitiva y exótica, que le niega la coetaneidad.⁷ Esto da continuidad al discurso sobre China que en décadas anteriores habían publicado diplomáticos y viajeros españoles como Eduard Toda, Adolfo de Mentaberry, Luis Valera, Vicente Blasco Ibáñez o Luis de Oteyza y lo resitúa en un momento en que la mirada orientalista hacia China facilita tanto la agenda personal del autor como la construcción del discurso patriótico franquista. A partir del análisis formal de algunos aspectos de una novela que fluctúa entre el relato autobiográfico y la narrativa de viajes, el artículo muestra la interacción de conceptos como patriotismo, imperialismo cultural o raza que fueron fundamentales en la construcción de España durante los primeros años de la dictadura. El artículo sostiene que dicha conjunción de intereses personales y políticos es en este caso efectiva gracias a la versatilidad atribuible al significante *China*. Así, pues, la lectura diacrónica y sincrónica de *Ramonchu en Shanghai* nos revela que, si bien la imagen de China en la Europa de los años 1930 es ciertamente más heterogénea que en períodos anteriores, sigue siendo moldeable y estando sujeta a intereses y relaciones de poder locales y particulares.

A continuación se contextualizará la obra y su autor dentro del desarrollo de las interacciones entre China, Europa y España en esta época. Posteriormente dicho contexto biográfico y cultural se pondrá en relación con tres aspectos de la novela que, en conjunto, configuran una representación de China distante y al servicio del proyecto del autor. Este análisis permitirá evidenciar, como conclusión, la maleabilidad de las representaciones

de China en España y en Europa y la pluralidad de los contextos nacionales que las integran.

China, España y Europa en las décadas de 1920 y 1930

Al estallar la Guerra Civil, Julio de Larracochea (1901–1999) llevaba cuatro años ejerciendo de vicecónsul en Shanghai. Inicialmente declaró su adhesión a la República y a principios de septiembre, tras la dimisión de otros cargos que se pusieron del lado del Movimiento, Larracochea pasó a hacerse cargo de la oficina del Consulado General de Shanghai.⁸ Dimitió poco después, el 24 de octubre, justo antes de regresar a España. Sus actos de fidelidad a la República y el enfrentamiento con sus superiores le acarrearón dificultades con el gobierno franquista que explican la razón de ser de su proyecto literario tras su regreso a España: Larracochea pretendía mostrar su competencia y su validez profesional para recuperar su cargo diplomático en Asia.⁹ Así, en sus publicaciones de la época hizo gala de sus amplios conocimientos sobre esta zona geopolítica, a la vez que mostraba afinidad con el nuevo régimen. Primero, por medio de una serie de artículos de prensa publicados bajo seudónimo (probablemente debido a la precaución que imponía el desenlace todavía incierto del conflicto español) entre 1937 y 1938.¹⁰ Posteriormente, por medio de las novelas *Ramonchu en Shanghai* y *Tierra de opio*, ambientadas en China y publicadas en 1941 y 1943 respectivamente.¹¹ Larracochea fue rehabilitado y regresó a Pekín en 1948 ó 1949 como diplomático. Tras la proclamación de la República Popular China, fue destinado a Tokyo en 1950 y en 1952 fue trasladado de nuevo a Taiwan, donde permaneció como encargado de negocios hasta 1971.

Que Larracochea ejerciera de novelista ocasional e interesado otorga un gran interés a sus obras, ya que albergan un tipo de representaciones de China no mediadas

por un proyecto literario, intelectual o periodístico consistente. Una obra como *Ramonchu en Shanghai* ilustra vivamente el discurso sobre China latente en la sociedad y que conformaba las interacciones entre China y la España del momento junto con otros discursos producidos por agentes culturales más ortodoxos. En este sentido, es esencial no aislar la obra de Larracochea y situar su singularidad en el seno de un movimiento de interés sostenido por China y lo chino en la España y en la Europa de los años 1920 y 1930. China y los acontecimientos históricos que allí sucedían aparecen en la prensa española y europea con asiduidad y se debaten en los círculos diplomáticos y culturales de la época. El amplio abanico de publicaciones—tanto de ficción como de ensayo, gran parte de ellas publicadas en España en traducciones del inglés o del francés—atestiguan un interés estable que supera la curiosidad puntual y que se incrementó especialmente en el período 1937–1945, durante la guerra civil china y la Segunda Guerra Mundial.¹²

Así, a lo largo de las décadas de 1920 y 1930 abundan representaciones de China cada vez más diversas y la interacción entre China y Occidente se torna más compleja. De hecho, la dificultad de categorización de estas interacciones en contraste con la menor heterogeneidad de siglos anteriores muestra dicha pluralización.¹³ En este nuevo contexto representacional intervienen factores históricos, agentes y canales de difusión mucho más diversos: ya no sólo circulan obras sobre China escritas por diplomáticos o misioneros, sino que China es una constante en el formato periodístico y en géneros populares como el cine. El peligro amarillo y el exotismo que en décadas anteriores habían constituido los dos extremos de un supuesto péndulo representacional conviven ahora con otras visiones: la compasión (especialmente tras los enfrentamientos con los Bóxers en 1900), la simpatía (por el desarrollo de las instituciones democráticas tras la caída del imperio chino en 1911, por la nobleza de los campesinos ante el devenir de la historia china, por la formación de la revolución comunista a lo largo de los años 1920), la empatía (por la

situación de la mujer china), la admiración (por los ciudadanos chinos enrolados en el ejército francés en la Primera Guerra Mundial, en las brigadas internacionales en la Guerra Civil o en programas de work-study en Francia), el interés estratégico (por China y Japón como emplazamientos en el tablero de las guerras mundiales y revoluciones comunistas) o la atracción (por China como futuro mercado de “400 millones de clientes”).¹⁴ Se trata, pues, de un ‘nuevo patrón’ en las relaciones entre China y Occidente.¹⁵

Todo ello produce en Europa un aumento de las publicaciones sobre China, que incluyen ahora también obras a caballo entre el género periodístico y el autobiográfico y que presentan hechos históricos o fragmentos de la vida “real” china. Destacan, por ejemplo, *On a Chinese Screen* de Somerset Maugham (1919–1921 publicada como libro en 1922); *Les conquérants* y *La condition humaine* de André Malraux (1928 y 1933); *The Good Earth* de Pearl Buck (1931); las colaboraciones en prensa de Peter Fleming (publicadas como libro en 1934); *Red Star Over China* de Edgar Snow (1938); o “Sonnets from China” de W. H. Auden que formaron parte de *Journey to a War* (1939) de Auden y Christopher Isherwood. Así, pues, los ecos y la popularidad del peligro amarillo en la colección de novelas de Sax Rohmer protagonizadas por el Dr. Fu-Manchu (iniciada en 1912 con *The Mystery of Dr. Fu-Manchu*) y del exotismo orientalista del *Cathay* de Ezra Pound (publicado originalmente en 1915) conviven en los años 1920 y 1930 con representaciones más comprometidas con China que, por primera vez en la historia, proyectan de manera sistemática una imagen más próxima, inmediata y humanizada de sus ciudadanos.

La avidez europea de conocimiento por China se dio también en España, principalmente por medio de traducciones. Obras como *Los conquistadores* de Malraux (1929, con una segunda edición en 1931) o *La buena tierra* de Buck (1935) acompañaron

a otras muchas publicaciones sobre China, quizás menos conocidas.¹⁶ Estas traducciones convivieron con obras de escritores españoles surgidas fruto de viajes y estancias en China. Es el caso de *Vuelta al mundo de un novelista* de Vicente Blasco Ibáñez (1924); *La ciudad milagrosa* de Federico García Sanchiz (1926); o *De España al Japón, En el remoto Cipango* y *El diablo blanco* de Luis de Oteyza (las tres de 1927). No debemos olvidar que el período de entreguerras se considera la edad de oro de la escritura de viajes, durante en la cual escritores y periodistas europeos utilizaron sus relatos para generar percepciones de la cultura propia y ajena en un clima histórico e intelectual complejo previo al turismo de masas.¹⁷ En este sentido, la cultura española participa de una dinámica global en Occidente. A estas obras se añaden otras que tratan una temática (parcialmente) china como *Yan-Si-Pao*, *Pilotos de altura* y *La estrella del capitán Chimista* de Pío Baroja (1928, 1929 y 1930 respectivamente) y fenómenos literarios o culturales como los volúmenes *Cuentos populares de China* y *Domador de demonios* en el catálogo de *Revista de Occidente* (1925 y 1929); el éxito de películas como *Shanghai Express* de Josef von Sternberg (estrenada en España el 31 de octubre de 1932); o, en Cataluña, la recuperación de *La Xina* de Sinibald de Mas (publicada en traducción al catalán de Joan Sacs en 1927) y las versiones de poesía china de Apel·les Mestres (*Poesia xinesa*, 1925), Marià Manent (*L'aire daurat*, 1928) y Josep Carner (*Lluna i llanterna*, 1935). En definitiva, podemos concluir que en las décadas de 1920 y 1930 existe en España un notable aumento del interés por China y de su presencia en la cultura y la sociedad de la época, que circula por diversos canales interrelacionados más allá de las traducciones directas o indirectas. Boraio atribuye el incremento este interés a la llegada a España de ciudadanos chinos procedentes de Francia tras la Primera Guerra Mundial y la consolidación de la presencia española en China.¹⁸ No obstante, se trata de un fenómeno más complejo que se explica de un modo más amplio: por el interés por China

en Europa en la misma época; por la globalización de las representaciones interculturales; y por la conexión entre los conflictos bélicos que se están dando en ambos países, equiparados por la opinión pública internacional “in a overarching global struggle by democratic (or at least progressive) governments against fascism and xenophobic ‘ultranationalism’.”¹⁹

Este es el marco en el que se gesta la novela que nos ocupa. Como veremos en el análisis que sigue, la tensión entre el interés por China compartido con Europa y la singularidad del contexto español de inicios del franquismo, confluyen en la obra de Larracochea en forma de una visión de China poco acorde con la contemporaneidad europea del momento pero que se sostiene gracias a la flexibilidad del significante *China*, aún maleable y moldeable en función del ideario y la agenda de quien la representa. En el fondo, la representación de China en *Ramonchu en Shanghai* muestra que los paradigmas orientalistas y alterizantes de siglos anteriores siguen vigentes, aunque convivan con paradigmas representacionales más maduros. En este sentido, el ejemplo de Larracochea nos indica dos cuestiones. Por una parte, que todas las (nuevas) maneras más plurales de representar la China del siglo XX coexisten con las mismas diferencias jerárquicas que en períodos anteriores al estar sujetas a las relaciones de poder que determinan las representaciones interculturales. Y, por otra parte, que las representaciones de China siempre se dan en un marco fundamentalmente local a pesar de la importancia del contexto europeo y de la relevancia de las representaciones originadas en países como Inglaterra o Francia que, posteriormente, circulan traducidas hacia otros contextos periféricos.

Patriotismo racial y elusión histórica

Un primer aspecto que contribuye a la representación utilitaria y singular de China en *Ramonchu en Shanghai* es la posición desde la cual el narrador describe la realidad del país asiático, marcada por el recuerdo de un esplendor colonial español ya desaparecido. La novela de Larracochea se asemeja así a la escritura de viajes que durante el franquismo ensalzó el patriotismo y la construcción de un imperio cultural hispánico. El modelo es el de las narrativas de viaje de José María Pemán y conecta con las ideas muy influyentes en la época propuestas en *Defensa de la Hispanidad* por Ramiro de Maeztu, que fue un gran éxito editorial ya en 1934, o en *Idea de la Hispanidad* por Manuel García Morente, publicada en 1938. De hecho, la obra de de Maeztu incluye una sección sobre Oriente en la cual confronta la pena por la decadencia colonial y la amenaza de “la hoz y el martillo” a una inconmensurabilidad racial, una combinación que, como veremos, aparece también en la obra de Larracochea aunque con algunos matices.²⁰ Por ejemplo, *Ramonchu en Shanghai* no presenta, como de Maeztu, el catolicismo como un legado necesario para el desarrollo de las civilizaciones al permitir una jerarquía y una dominación ilustrada, algo propio del método hispánico en contraposición con el inglés, aparentemente más generoso pero que “en realidad, se funda en el absoluto desprecio del pueblo dominador al dominado, ya que lo abandona a su salacidad y propensiones naturales.”²¹ La obra de Larracochea, en cambio, sí contribuye a este marco general de la Hispanidad con una representación del otro chino dentro de una escala de desarrollo civilizatorio global que incorpora de manera natural el esplendor colonial español. Todo ello es posible gracias a una imagen de China particularmente dúctil dentro del imaginario español de la época.

Ya en la apertura de la novela, China y Extremo Oriente aparecen como actores importantes en el tablero geopolítico mundial:

¡Extremo Oriente! ¡El Pacífico! ¿No era allí donde estaban los países en que iba a fraguarse la historia de los siglos futuros? [...] Aprovecharía su estancia en China para visitar esa gran potencia que se levanta irradiando en la política internacional, como el crisantemo rojo de su pabellón nacional. Japón había ocupado Manchuria en aquel mismo año, y este acontecimiento, que marcaría una nueva época en la política internacional, daba una gran actualidad a Extremo Oriente.²²

Para negociar la decadente posición poscolonial española ante este nuevo escenario mundial, la novela adopta dos estrategias: el énfasis en un patriotismo racial y la elusión del contexto histórico más inmediato. El lamento nacional por la pérdida de significación internacional se desliza hacia el terreno de lo patriótico, lo racial y lo moral, ámbitos en los que la decadencia española no es tan objetivable. Las abundantes y detalladas impresiones sobre los países que visita el protagonista a lo largo del viaje hasta Shanghai contrastan con las escasas observaciones sobre la decadencia española en Asia que, no obstante, cuando aparecen siempre quedan relacionadas con una cierta continuidad intangible: a pesar de la pérdida de Filipinas, por ejemplo, “en aquellas lejanas tierras quedaba el alma y el romance de España, valores perdurables que era necesario salvar,”²³ o “aun queda flameando sobre las islas Filipinas el pendón espiritual del pueblo que las civilizó. Todavía queda el habla castellana como lazo de unión del archipiélago con las tierras que fueron su maternal metrópoli.”²⁴

Asimismo, el dominio de los países occidentales en Oriente se expresa de un modo más racial que nacional: “En Cathay el hombre blanco conserva su autoridad sobre los guardias de los ferrocarriles.”²⁵ Es esta una concepción de raza que es necesario

contextualizar debidamente y que encierra una cierta tensión. Por una parte, en la España de la época la idea de raza difiere de la concepción que predomina en contextos como la Alemania nazi y tiene “a strong patriotic-cultural (rather than merely bioethnic) connotation in Spanish .”²⁶ Con ello queda íntimamente relacionada con los discursos de patriotismo e Hispanidad, combinación que fue esencial para la construcción franquista de España. Ahora bien, por otra parte, como puntualiza Joshua Goode, “the Spanish used different racial rhetoric on the peninsula than in the overseas colonies, where obvious physical differences in appearance did exist and conditioned the unfolding of racial ideas,” diferenciación que aumenta tras la pérdida de las colonias en 1898.²⁷ Así, encontramos en la obra de Larracochea la expresión de estas tensiones: la novela asume una idea amplia de Hispanidad como paraguas que, además de raza, aglutina valores como patria, nación, estado, imperio o religión,²⁸ y que tiene en Filipinas a un ejemplo expandible a China y al Oriente. Pero, su vez, esta idea integradora queda eclipsada por un patriotismo racial (que veremos en esta sección) y una alterización muy marcada (que analizaremos más adelante).

Por consiguiente, no es casual que el protagonista sea un pelotari, “sano y fuerte,” que encarna la superioridad racial mediante este “juego viril” que ha colonizado a un país lejano.²⁹ Pero, al mismo tiempo, dado el potencial simbólico que encierra la fisicalidad de este deporte, es sorprendente que la figura de los pelotaris no se explote en la novela más allá de breves referencias puntuales: “[La muchedumbre] ante el enérgico y atlético juego de los pelotaris rinde culto a la robustez física de la raza en los muchachos o en los hombres que se disputaban rabiosamente, tanto a tanto, el *match*.”³⁰ De hecho, esta falta de desarrollo de un tema potencialmente estratégico para el proyecto de Larracochea muestra no sólo la tensión en la idea de patriotismo racial, sino también la inconsistencia formal de la obra de Larracochea que analizaremos más adelante. En cualquier caso, la

racialización del dominio de Occidente contrasta con la animalización de los chinos, especialmente de los conductores de *rickshaw*: “Las falditas de estos culis de los rikchos, al llegarles solamente hasta las rodillas, dejaban a esta clase de profesionales toda la libertad de los movimientos de sus piernas. Con el rikcho podrían correr, brincar, casi galopar por las calles asfaltadas.”³¹

En este contexto global patriotizado y racializado, el pasado se convierte también en fuente de superioridad moral:

Indudablemente, la presencia de España en Extremo Oriente había declinado en las últimas décadas. El tratado de París que privó a España de su soberanía sobre el bello archipiélago de Malasia fué decisivo a este respecto.

Pero Ramonchu conocía la historia de su patria. Moralmente, mucho más que en el orden material, España se hallaba presente en los mares de Oriente. Habría, pues, que dedicar una atención preferente a la política de su país en esta parte del globo. Fueron Portugal y España, al alborear la Edad Moderna, los pueblos que dieron la orientación marinera a los demás de Europa. Ellos descubrieron los países costeros de América, África, Asia y Oceanía. Sus hechos son los de una gran epopeya. [...] En las naves españolas y portuguesas, Europa tomaba posesión del planeta.³²

Paralelamente a esta revisión del pasado reciente, la posición desde la cual el narrador describe la realidad China se caracteriza también por eludir los acontecimientos históricos

más inmediatos, en los que España no desempeña un papel relevante. Esta omisión es especialmente notoria en dos escenas: el conflicto sino-japonés que afecta a la ciudad de Shanghai a la llegada de Ramonchu y la visita a la legación española de Pekín que el protagonista realiza poco antes de su viaje de regreso a España.

Las noticias sobre el conflicto armado entre China y Japón van apareciendo a lo largo del viaje en barco y Ramonchu llega a Shanghai justo en un momento de máxima tensión bélica.³³ Los combates obligan a alterar el plan de viaje y, aunque Ramonchu finalmente consigue desembarcar en Shanghai tras haber cambiado de barco en Hong Kong, la situación es crítica.³⁴ Sin embargo, justo antes de llegar al destino final se produce una de las escenas más elocuentes de la novela: anclados ante Shanghai a pocas millas del bombardeo japonés sobre los fuertes de Wusung, los pasajeros aguardan hasta el amanecer para desembarcar, externos a la batalla, contemplándola como espectadores totalmente ajenos a un drama bélico de primer orden.³⁵

Las consecuencias del conflicto sino-japonés hacen prever que la trama de la novela se incardinará en este contexto, especialmente teniendo en cuenta que la ciudad se ha paralizado por completo.³⁶ Shanghai ha dejado de ser Shanghai: “En febrero de 1932, fecha de la llegada de Ramonchu a Shanghai, no era ésta la famosa ciudad de los *cabaret*, de los *dancing*, de las iluminaciones. A las nueve de la noche, hora del toque de queda, se interrumpía la vida de la ciudad. Había dificultades para circular por la calle.”³⁷ Y, por consiguiente, Ramonchu se ha quedado sin ocupación: “En el frontón [...] informaron a Aldabe que se había suspendido el juego, con motivo de las hostilidades. Los cinemas y demás espectáculos cerraron sus puertas igualmente.”³⁸ A diferencia del rigor que el narrador emplea en la descripción de otro tipo de escenarios geopolíticos, aquí no ahonda en el conflicto a pesar de la gravedad para la trama. Ramonchu permanece así completamente dissociado del clima marcadamente bélico en el que está viviendo. De

hecho, la clausura temporal del frontón “proporcionó a Ramonchu mayor libertad para visitar la misma en aquellos días históricos de una guerra no declarada entre chinos y japoneses,”³⁹ que queda descrita de un modo casi folclórico, como si no se tratara de una guerra real:

Desfilan tropas de *hombres pequeños*, con el estudiado paso de parada, levantando los brazos *vistosamente*. Tienen, a pesar de ello, el mismo aire, los propios uniformes, idéntico equipo con que aparecen en las fotografías que la Prensa mundial ha publicado sobre las hostilidades de Shanghai. Han desfilado, tal vez, más de 10.000 hombres y numerosos carros de combate camuflados. De la destapada *torrecita* superior de cada uno de éstos salía, *como de una bombonera*, el busto pardo y la cara de cera de un *soldadito* nipón.⁴⁰

La visita del protagonista a la legación española de Pekín hacia el final de la novela constituye otro ejemplo de elusión histórica del contexto inmediato. Entre los años 1932 y 1934 la legación española desempeñaba un papel meramente testimonial en la vida diplomática de la capital china. A diferencia de obras de décadas anteriores como *Sombras chinescas* de Luis Valera, que muestran la ‘ambigua posición’ española como antigua potencia occidental actualmente en decadencia,⁴¹ la narración de Larracochea sorteaba cualquier referencia crítica. Significativamente, limita las observaciones a lo anecdótico: la puerta del edificio diplomático español resulta ser “la única entrada de estilo chino, rasgo simpático y simbólico.”⁴² A continuación, la singulariza la presencia española en China transformando la decadencia colonial en una política de respeto

intercultural que contrasta con las agresiones occidentales de décadas anteriores. Conflictos protagonizados por las fuerzas internacionales como la destrucción y el saqueo del palacio imperial de Yuanmingyuan o la dura represión tras el famoso sitio al barrio de las legaciones extranjeras por parte de los Bóxers, que tuvieron lugar en Pekín en 1860 y 1900 respectivamente, se señalan como contraste: “España es el país de las relaciones tradicionalmente amistosas con China. Sus ejércitos no irrumpieron en el Imperio de Enmedio cual hordas devastadoras. Acaso no podría decirse lo mismo de otros países.”⁴³ La narración se remonta así a la época de Felipe II y la embajada a China de 1580: “siendo de esta manera España uno de los primeros Estados de Occidente que intenta establecer relaciones diplomáticas con la remota y extensa Cathay.”⁴⁴ Y, sin ahondar en el funcionamiento de la legación en el contexto inmediato en el que se desarrolla la acción, concluye: “Tal era el ilustre abuelo que tenía la simpática Legación de la bonita entrada de estilo chino.”⁴⁵ La elusión del presente y la frivolidad de la narración constituyen una alegoría de la posición española en el contexto internacional en la China de los años 1930.

Julio en Shanghai

Un segundo aspecto que determina la representación de China en *Ramonchu en Shanghai* es la debilidad de la estructura formal de la novela, caracterizada por un desajuste significativo entre la trama y la voz narrativa. Esta tensión puede ser un recurso habitual en la configuración de cualquier obra literaria. Y, ciertamente, el narrador intrusivo o explícitamente autobiográfico es frecuente en obras españolas sobre China de este período.⁴⁶ Además, si consideramos que *Ramonchu en Shanghai* se acerca al relato de viaje, es preciso recordar que hay estudios que sostienen que este género se caracteriza precisamente por la heterogeneidad, la disolución formal y un ‘equilibrio inestable’ entre

la autobiografía y la descripción científica.⁴⁷ Ahora bien, en la novela de Larracochea la voz narrativa llega a usurpar la trama hasta entorpecer la evolución formal de la obra y ponerla al servicio exclusivo del capital simbólico del autor. A lo largo de las páginas de *Ramonchu en Shanghai* emerge repetidamente el Larracochea diplomático y *connoisseur* de China y de la geopolítica mundial que abandona al protagonista y a sus circunstancias. Nos encontramos, pues, ante la exhibición de un narrador prácticamente ajeno a la trama que incide en el capital cultural de Larracochea y se entretiene de modo erudito y puntilloso en costumbres culturales o pequeños detalles del viaje, desde el origen de la denominación del mar Rojo hasta el significado de ‘perder la cara’ para los chinos.⁴⁸ Las observaciones muestran una cierta grandilocuencia,⁴⁹ y, a menudo, un paternalismo de cariz orientalista.⁵⁰

Algunos de estos comentarios se acompañan del uso del tiempo verbal futuro. Por ejemplo, al detenerse en la situación adecuada de una chaise-longue a un lado u otro del barco, el narrador pronostica: “Hasta el mar Rojo irá en la banda de estribor para recibir el sol, tan caro a los ingleses. Después preferirá la brisa tibia y salobre en la sombreada cubierta de babor.”⁵¹ Se trata de un elemento estilístico significativo: mediante el uso reiterado del pronóstico, el narrador se nos presenta como buen conocedor que, gracias a su experiencia, anticipa lo que irá sucediendo. Estas pequeñas profecías, que podrían constituir un hábil recurso para retener la atención del lector, no son más que una muestra reiterada de capital cultural que va más allá de lo folklórico.⁵² Al representarse a China y a Oriente desde una posición elitista, externa y poco arraigada en la vida cotidiana del pueblo chino, el foco narrativo se centra también en una visión geopolítica de orden sistémico. Así, encontramos largos fragmentos sobre acontecimientos históricos de la China del siglo XIX como la Guerra del Opio o la Revuelta de los Taiping o de Asia Oriental como la creación del estado de Manchukuo.⁵³ Estos incidentes motivan

comentarios de orden político y tecnológico como la implantación del ferrocarril, las tensiones en Asia o el nacimiento del movimiento comunista en China.⁵⁴ Estamos prácticamente ante despachos diplomáticos que no se alinean con ninguna trama narrativa, sino que, de hecho, constituyen el núcleo principal de la obra en tanto que informaciones al servicio de un autor que, por medio de la narración, usurpa el rol de protagonista.

Obviamente, el desarrollo narrativo acusa esta inversión en capital cultural del autor. La acción se torna prescindible y el conjunto conforma una obra de tenue interés narrativo, cuyo protagonista deambula por territorios que permiten insertar disquisiciones costumbristas o geopolíticas. Sin trama ni relato, *Ramonchu en Shanghai* es una concatenación de paisajes apenas religados por una narración anecdótica. A cada paso el protagonista cobra la justa entidad para, simplemente, justificar un nuevo desplazamiento que genere una nueva descripción, incluso en el bloque de capítulos centrales en los que reside en Shanghai: las excursiones a los alrededores de la gran ciudad son constantes y no aportan nada a la trama ni a la caracterización del protagonista.⁵⁵ No llegamos a conocer a Ramón Aldabe, Ramonchu. Su “acentuado cosmopolitismo” es el motor de sus movimientos, pero acaba siendo prácticamente un desconocido para el lector.⁵⁶

La relación entre Ramonchu y Gloria, aunque se empiece a fraguar ya en el viaje en barco, también evoluciona de forma muy poco definida a lo largo de los capítulos. Tras algún salto temporal irregular (capítulo XVI), el desenlace resulta algo inverosímil: una vez comprometidos y tras haber llegado al momento álgido del enamoramiento, regresan a España por separado: Gloria viajará directamente hasta Francia, donde esperará a Ramón, quien regresará a través de Japón y Corea. Así, Shanghai “resultó para ellos, como para tantos otros blancos, *ciudad de paso*.”⁵⁷ La cursiva es aquí original y, de hecho, muy significativa por lo que tiene de sinécdoque: *Ramonchu en Shanghai* es también una

obra de paso, un transitar entre diferentes escenarios que conforma un relato superfluo, ligero e inverosímil.

¿Cuál es la significación de estas deficiencias formales? ¿Tienen algún interés más allá de caracterizar la obra de un novelista ocasional? Como hemos avanzado, si bien se pueden explicar por la heterogeneidad del relato de viaje como género, a la luz del contexto que enmarca la obra de Larracoechea, se hace necesario abrir más la interpretación. Por una parte, si asumimos que efectivamente existe una conexión “between imperialist discourse and the orderly presentation of travelling mobility in imperialist travel narratives,”⁵⁸ la estructura desordenada de *Ramonchu en Shanghai* expresa también un proyecto imperialista decadente y caduco como el de España en la época. En este sentido, yendo más allá de una “reduction of cross-cultural encounter to simple relations of domination and subordination” y observando la potencialidad de la forma del relato para desvelar aspectos como la autorreflexión o las “allegorical resonances with regard to the traveller’s own culture,”⁵⁹ la endeble estructura formal de la novela explica las complejidades a la hora de tejer un discurso patriótico que permita a un autor como Julio de Larracoechea resituarse social y profesionalmente en el nuevo contexto español de la época.

Por otra parte, es igualmente significativo que, a pesar de dicha debilidad formal, Larracoechea presente explícitamente la obra como una novela y no como una crónica de viaje o unas memorias. Creemos que esta apuesta por la ficción aporta flexibilidad al proyecto del autor y nos indica también el estado de la representación de China en la España de 1941. *China* permite colmar el interés por el país asiático que, como hemos observado, caracteriza este período en Europa y en España y, a su vez, es un concepto suficientemente maleable para proyectar una lectura biográfica y patriótica que resulte verosímil y efectiva. En su trabajo sobre el papel desempeñado por China en la

construcción de la modernidad occidental, Eric Hayot sostiene que “it matters that the Chinese is Chinese because his being Chinese doesn’t matter..”⁶⁰ Algo parecido es lo que observamos en *Ramonchu en Shanghai* desde el ángulo español: que se conforme alrededor de Shanghai hace que, paradójicamente, Shanghai —o China— realmente no importen desde el punto de vista de la credibilidad argumental o narrativa. *China* se traduce en un significado poco definido, apto para ser desplegado sin solidez formal.

Alteridad singular

Un tercer aspecto que conforma la representación específica de China en *Ramonchu en Shanghai* es la acentuación de la alteridad. Alejado de la proximidad con el pueblo chino que muestran obras contemporáneas en Europa como las de Malraux, Buck y Snow, el énfasis en la alteridad, más propio del paradigma representacional del siglo XIX, propulsa el rol de Larracochea como traductor de una realidad lejana e inconmensurable.

Ya desde la planificación del viaje de Ramonchu, el tono de la narración es de una clara y repetida fascinación orientalista:

Entonces deseó ver con sus propios ojos el tipo malayo, casi desnudo, con el sombrero de paja en forma de paraguas. Erguíase junto a la carreta de los bueyes y las palmeras, que formaban como una avanzada de la jungla. El cornac indio, montando el enorme elefante. La dulce y fina japonesita, sentada en una simple estera o almohadilla, sobre el suelo, con sus piernas cruzadas, su kimono con las amplias mangas, la lazada de seda de la cintura, los amplios moños de su lustroso pelo y la carita ovalada, enharinada. Al fondo de la japonesa, el tabique de madera

o el biombo. La pagoda china, el rikcho de Oriente, con sus altas y frágiles ruedas, empujado por un sufrido culi.⁶¹

Posteriormente, en algunos pasajes la fascinación se combina con una dosis de peligro, que no deja de ser parte del atractivo orientalista y, así, alimenta aún más la seducción.⁶² Ante este riesgo, el narrador emerge como buen conocedor de dichos peligros: alguien que los ha vivido, los ha superado y, por consiguiente, está capacitado para ejercer de guía por esos territorios desconocidos.

La fascinación orientalista es también explícita en el tratamiento despersonalizado de la población asiática en general y china en particular, en el que abunda el uso de diminutivos: “Sintió no conocer el japonés para conversar con la delicada damita, que se le antojaba deliciosa. Parecía una jovencita de buena familia.”⁶³ Y destaca la frivolidad en la descripción de condenas a muerte o decapitaciones.⁶⁴

En este escenario alterizante, los caracteres chinos son uno de los elementos más apropiados no sólo para remarcar el distanciamiento, sino para acrecentar la sensación de desorientación e inseguridad:

[En Singapur] Ramonchu notó una inundación de ideogramas chinos que llenaban los letreros de las columnas y banderas verticales, anuncios de tiendas, casas y establecimientos. Para el europeo que realiza su primer viaje a Extremo Oriente, este diluviar de caracteres inexpresivos e indescifrables da a la ciudad una fisonomía casi hostil por extraña. El joven, completamente ignorante frente al misterioso lenguaje de aquel enjambre infinito de garabatos y para él mudas

inscripciones comprendía que ahora más que nunca llegaba al dominio de una raza, de una civilización, de un mundo enteramente diferente a los suyos. Ni en Port-Said, ni en Jibuti, ni en Colombo había tenido esta sensación que tan intensamente se le representaba aquí.⁶⁵

La hostilidad de tintes raciales provocada por los caracteres chinos y sus “mudas inscripciones” queda reforzada por otros elementos culturales como la discordancia de la música china.⁶⁶

La acentuación de estas diferencias entorpece cualquier tipo de integración a la sociedad china cotidiana. El narrador observa el paisaje humano y cultural desde un prisma externo que tiene un efecto polarizador de la alteridad. De hecho, ya desde el subtítulo de la obra, “Presencia de un español por tierras de Asia,” se manifiesta la *ausencia* de una comprensión más cabal: el protagonista está ciertamente presente en tierras asiáticas, pero en ningún caso dicha presencia se transforma en integración de ningún tipo. La mezcla entre fascinación exótica y atracción por la miseria sitúan al mundo chino en una posición de inferioridad e inmovilismo, un “lejano mundo” en el que “renacen edades que parecían enterradas bajo los siglos.”⁶⁷ Se trata de un claro ejemplo de denegación de coetaneidad del Otro que, por oposición, ensalza la superioridad del yo.

Si bien este tipo de alterización es ciertamente más típico de siglos anteriores que del nuevo marco representacional que caracteriza la visión de China en la Europa de la primera mitad del siglo XX, las representaciones de *Ramonchu en Shanghai* incorporan un aspecto novedoso: un marcado interés por las clases sociales. Aparecen fragmentos que contrastan la miseria con el glamour y la modernidad occidental y se presta especial atención a elementos como los retretes o las camas.⁶⁸

Así, los conductores de *rickshaw* son particular objeto de fascinación para el narrador. La combinación entre pobreza, sudor, suciedad y esfuerzo acapara su atención en diferentes puntos de la obra.⁶⁹ En el fondo, la figura del conductor de *rickshaw* la reformulación del peligro amarillo en peligro de clase que, desde la España de inicios del franquismo, precede la visión del peligro comunista que predominará en Occidente durante la Guerra Fría. Significativamente, en ningún momento se menciona que la mayoría de ellos están al servicio de occidentales, no sólo porque los occidentales son sus principales clientes, sino también porque la mayoría de *rickshaws* pertenecían a la empresa Star Rickshaw, cuyo propietario era el español Albert Cohen, figura de gran relevancia en la comunidad internacional y judía del Shanghai de la época.⁷⁰ La narración elude de nuevo aspectos importantes que, en el contexto franquista, pueden comprometer al autor o entrar en conflicto con su agenda.

Zonas de contacto en un Occidente diverso

“Observaría con atención cuanto le ofreciesen aquellos países, y si lo creía factible, escribiría un libro que redundase en beneficio de sus compatriotas.”⁷¹ La cita, correspondiente al momento en el que el protagonista decide embarcarse hacia Shanghai, sugiere que el proyecto de Ramón Aldabe no deja de ser el proyecto de Julio de Larracochea. La recuperación de su puesto diplomático en China poco después de la publicación de la novela en 1941 sugiere que, a la postre, dicho proyecto llegó a buen puerto. La China que Larracochea nos describe en *Ramonchu en Shanghai* ‘redundó’ en beneficio de sus compatriotas y en beneficio del propio autor. Este artículo ha mostrado que la clave que hace posible esta comunión estriba en la maleabilidad del significante *China*. Hablar de China en la Europa de inicios de la década de 1940 se inscribe en un

discurso internacional de gran interés por el país asiático y garantiza una notoriedad pública significativa. Pero, a su vez y a diferencia de lo que sucedía en siglos anteriores, China es una imagen cuyo significado ha pasado a ser mucho más heterogéneo y no está bien anclado en el imaginario colectivo, lo cual permite modelarlo de un modo propicio en un contexto local y personal.

La eficacia de esta ambivalencia representacional es palpable en la recepción de *Ramonchu en Shanghai* en España, más allá de la recuperación del cargo diplomático de su autor. En la *Revista Escorial*, publicación de la Falange, destaca el importante capital cultural del autor (julio de 1941). En *Diario Sur* la crítica apunta a la descripción “desprovista de tópicos” que da a conocer “la verdad de Extremo Oriente [...] con extraordinaria veracidad y forma erudita.” (agosto de 1941) Y en las páginas de *La Vanguardia* se opina que *Ramonchu en Shanghai* utiliza el distanciamiento hasta Oriente para generar dos sentimientos complementarios: “el orgullo de sentirse español en tierras extrañas y el orgullo de poder contemplar la huella indeleble del paso de España por una vasta porción de esas tierras.” (octubre de 1941) La exitosa recepción de la obra en España subraya, a nuestro juicio, tres cuestiones esenciales que apuntalan el argumento desplegado en este artículo: la identificación autobiográfica entre autor, narrador y protagonista; la necesidad de conocer el Oriente verdadero gracias a la experiencia personal y profesional que deriva de dicha fusión; y el patriotismo racial y cultural en el que se inscribe y al que contribuye a la hora de circular en sociedad. Las dos primeras cuestiones son compartidas con obras contemporáneas sobre China publicadas en Occidente en la misma época. La tercera, en cambio, es específica del contexto local español de 1941.

En *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Mary Louise Pratt desarrollaba el concepto de zona de contacto: “the space of imperial encounters, the space

in which peoples geographically and historically separated come into contact with each other and establish ongoing relations, usually involving conditions of coercion, radical inequality, and intractable conflict.”⁷² A la luz del concepto encuñado por Pratt, *Ramonchu en Shanghai* nos muestra una particular derivada de las relaciones interculturales asimétricas. Naturalmente, como hemos visto, en la novela de Larracochea no se produce relación alguna entre la esfera china y la española. Al contrario: a pesar de deambular por China (y por medio mundo), Ramonchu nunca llega a integrarse en los lugares que visita y, de hecho, sus andanzas polarizan aún más las diferencias culturales que encuentra a su paso. La novela se forja así en un discurso alterizador y orientalizante, a contracorriente de las nuevas representaciones de China en la Europa de la época y que da continuidad al discurso sobre China que en décadas anteriores había circulado en España en las crónicas de Toda, Mentaberry, Valera, Blasco Ibáñez u Oteyza. Ahora bien, la zona de contacto a tener en cuenta aquí es la propia obra de Larracochea y el contexto histórico y literario que la genera. A caballo entre un escenario europeo interesado por China y un marco local políticamente incierto, *Ramonchu en Shanghai* es capaz de transculturar la imagen de China hacia una representación localizada y particular que, mediante la alterización por medio de conceptos como patriotismo, imperialismo cultural o raza, contribuye a la construcción de España durante los primeros años del franquismo. La novela de Larracochea demuestra que las “interactive, improvisational dimensions of imperial encounters so easily ignored or suppressed by accounts of conquest and domination told from the invader’s perspective” no sólo se producen en un marco bidireccional entre colonizador y colonizado.⁷³ A la sombra de estas tensiones polarizadas existe una circulación intercultural indirecta, mucho más amplia, que supera este esquema bipolar, y que demuestra que las representaciones del Otro se inscriben en una multiplicidad de

modernidades locales, que pueden estar al margen o en tensión con los contextos globales. *Ramonchu en Shanghai* cuestiona así el concepto genérico de “modernidad occidental” y constituye una muestra de las respuestas locales a los escenarios globales del siglo XX. En este nuevo escenario más complejo, ‘China,’ en definitiva, no es más que un comodín apto para redundar en beneficio de un Occidente diverso.

Notas

1. El autor agradece los comentarios y sugerencias de David Martínez-Robles, Jaume Claret-Miranda y los dos revisores anónimos. La investigación descrita en este artículo ha sido financiada por el Ministerio de Ciencia e Innovación en el marco del proyecto “Interacciones entre España y China en la época contemporánea: 1898–1949” (HAR2012-34823).

2. Raymond Dawson, *The Chinese Chameleon: An Analysis of European Conceptions of Chinese Civilization* (New York: Oxford Univ. Press, 1967); Colin Mackerras, *Western Images of China* (Oxford: Oxford Univ. Press, 1999, 1ª ed. 1987); Jonathan Spence, *The Chan’s Great Continent: China in Western Minds* (New York: WW Norton & Company, 1999); Colin Mackerras, ed., *Sinophiles and Sinophobes: Western Views of China* (Oxford: Oxford Univ. Press, 2000).

3. Los pocos estudios que han examinado las interacciones entre España y China en la primera mitad del siglo XX generalmente se han centrado en aspectos referenciales o de historia política y diplomática, sin ahondar en perspectivas de alcance global. Para los estudios de tipo referencial, véase, por ejemplo, Manuel Bayo, *Referencias chinas en la literatura española contemporánea* (Taipei: Central Book Publishing, 1991). Para los

estudios sobre historia política o diplomática, véase, por ejemplo, José Eugenio Borao, *España y China, 1927–1967* (Taipei: Central Book Publishing Company, 1994).

4. David Martínez Robles, “La participación española en el proceso de penetración occidental en China: 1840–1870,” (tesis doctoral, Universitat Pompeu Fabra, 2007); Ander Permanyer Ugartemendia, “La participación española en la economía del opio en Asia Oriental tras el fin del Galeón,” (tesis doctoral, Universitat Pompeu Fabra, 2013).

5. Joan Torres-Pou, *Asia en la España del siglo XIX: Literatos, viajeros, intelectuales y diplomáticos ante Oriente* (Amsterdam: Rodopi, 2013). De un modo más general, para estudios sobre escritura de viajes que también han mostrado esta conexión entre la especificidad española y los discursos globales: Lily Litvak, *El ajedrez de estrellas: Crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800–1913)* (Barcelona: Laia, 1987); Gayle Nunley, *Scripted Geographies: Travel Writings by Nineteenth-Century Spanish Authors* (Lewisburg: Bucknell Univ. Press, 2007); Ai Qing, “Nostalgia imperial: Crónicas de viajeros españoles por China (1870-1910)” (tesis doctoral, University of Texas, Austin, 2013).

6. Sobre su cargo de vicecónsul, Borao, *España y China*, 50 & 68. Sobre su producción literaria, véase José Eugenio Borao, “Julio de Larracochea (1901–1999): Vicecónsul en Shanghai (1932–1936) y novelista de la ciudad del Wangpú,” *Encuentros en Catay*, 12 (1999): 1-50. De hecho, Borao sostiene que novelas como *Ramonchu en Shanghai* constituyen un “subgénero histórico” y tienen un valor testimonial documental e incluso literario. Borao, “Julio de Larracochea,” 1.

7. El concepto de coetaneidad fue desarrollado por Johannes Fabian. Sostiene que el objetivo de la antropología occidental es mantener a sus objetos etnográficos en el

pasado y les deniega la contemporaneidad. Johannes Fabian, *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object* (New York: Columbia Univ. Press, 1983).

8. El abandono del servicio a la República fue habitual en el cuerpo diplomático. Al cabo del primer año de guerra la carrera diplomática perdió el 85% de sus efectivos y en los dos años posteriores un 5% más. Ángel Viñas, *Salamanca, 1936: Memorias del primer “ministro” de Asuntos Exteriores de Franco* (Barcelona: Crítica, 2014), 15.

9. Para una reconstrucción detallada de los hechos, Borao, “Julio de Larracochea,” 21–22.

10. Borao, “Julio de Larracochea,” 23–26.

11. Julio de Larracochea, *Ramonchu en Shanghai: presencia de un español por tierras de Asia* (Madrid, Editora Nacional, 1941); Julio de Larracochea, *Tierra de opio* (Bilbao: Grijelmo, 1943).

12. Rana Mitter, *Forgotten Ally: China’s World War II, 1937–1945* (New York: Houghton Mifflin Harcourt, 2013).

13. Dawson, *The Chinese Chameleon*, 161. De hecho, tal pluralismo motiva que Spence proponga nuevas formas de categorización basadas en el modo de representación. Jonathan Spence, “Western Perceptions of China from the Late Sixteenth Century to the Present,” en *Heritage of China: Contemporary Perspectives on Chinese Civilization*, ed. Paul S. Ropp, 10–14 (Berkeley: Univ. of California Press, 1990).

14. La expresión es de Carl Crow, *Four Hundred Million Customers* (London, Routledge, 2007, 1ª ed. 1937). Para un análisis de la figura de Crow, Paul French, *Carl Crow: A Tough Old China Hand: The Life, Times, and Adventures of an American in Shanghai* (Hong Kong: Hong Kong Univ. Press, 2006).

15. Spence, *The Chan's Great Continent*, 166. Sobre la convivencia de varias de estas diferentes visiones en la cultura popular de Estados Unidos en este período, Robert Lee, *Orientalists: Asian Americans in Popular Culture* (Philadelphia: Temple Univ. Press, 1999).

16. Por ejemplo: José Revuelta Blanco, *La revolución comunista en China: sus causas y efectos* (El Escorial: Imprenta del Real Monasterio, 1927); Cheng Sheng, *Mi madre y yo a través de la revolución china* (Madrid: Cauce, 1929); Warrack Wallace, *En la China de los bolcheviques* (Madrid: Prensa Moderna, ca. 1930); Elizabeth Foreman Lewis, *A orillas del alto Yangzé* (Barcelona: Juventud, 1931); I. Worski – Augusto Riera, *El despertar de Asia, Japon, China, India, Persia, Turquía, Afghanistan* (Barcelona: Publicaciones Mundial, 1931); Manabendra Nath Roy, *Revolución y contrarrevolución en China*, (Madrid: Cenit, 1932); Karl August Wittfogel, *El despertar de China* (Madrid: Dédalo, 1932). Estas obras de ensayo muestran lo que Borao denomina el interés por obras “verídicas” sobre China. Borao, “Julio de Larracochea,” 5, n18.

17. Charles Burdett y Derek Duncan, “Introduction,” en *Cultural Encounters: European Travel Writing in the 1930s*, ed. Charles Burdett y Derek Duncan (New York: Berghahn Books, 2002) 5.

18. Borao, “Julio de Larracochea,” 2.

19. Mitter, *Forgotten Ally*, 9.

20. Ramiro de Maetzu, *Defensa de la Hispanidad* (Madrid: Ediciones Fax, 1941), 138, 131.

21. *Ibid.*, 132-134.

22. Larracochea, *Ramonchu en Shanghai*, 8-9.

23. *Ibid.*, 10-11.

-
24. Ibid., 114.
25. Ibid., 218.
26. Stanley Payne, *The Franco Regime, 1936–1975* (Madison: University of Wisconsin Press, 1987) 402, n19.
27. Joshua Goode, *Impurity of Blood: Defining Race in Spain, 1870-1930* (Baton Rouge, Louisiana State Univ. Press, 2009), 13-14.
28. Eduardo González Calleja y Fredes Limón Nevado, *La hispanidad como instrumento de combate* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, 1988), 8.
29. Larracoechea, *Ramonchu en Shanghai*, 7. Sobre los frontones de pelota vasca en China, Juan Pablo Sánchez, “Frontones de pelota vasca en China,” *Instituto Confucio* (2011): 74–78.
30. Larracoechea, *Ramonchu en Shanghai*, 7.
31. Ibid., 80. De entre la numerosa bibliografía sobre animalización racial en orientalismo y procesos interculturales, por ejemplo, Blai Guarné, “De monos y japoneses: mimetismo y anástrofe en la representación orientalista,” *Digithum* 10 (2008): 1–11.
32. Larracoechea, *Ramonchu en Shanghai*, 57-58.
33. La escena describe la batalla de Shanghai, conflicto ocurrido entre el 28 de enero y el 3 de marzo de 1932, posterior al famoso incidente de Mukden de 18 de septiembre de 1931 que marcó el inicio de las hostilidades entre ambos países. La batalla de Shanghai es otro de los incidentes que condujeron a la guerra sino-japonesa que tuvo

lugar entre 1937 y 1945. El posterior desfile de tropas japonesa tuvo lugar en el 29 de abril de 1932.

34. Ibid., 119.

35. Ibid., 133-134.

36. Ibid., 134-136.

37. Ibid., 147.

38. Ibid., 140.

39. Ibid.

40. Ibid., 173. La cursiva es nuestra.

41. Torres-Pou, *Asia en la España del siglo XIX*, 62-63. Una edición moderna de la obra de Valera es Luis Valera, *Sombras chinescas: recuerdos de un viaje al Celeste Imperio* (Murcia: Nausícaä, 2004).

42. Larracochea, *Ramonchu en Shanghai*, 231.

43. Ibid.

44. Ibid., 232.

45. Ibid.

46. Por ejemplo, Fernando Garrido, *Los viajes del chino Dagar Li Kao* (Madrid: Manuel Minuesa de los Rios, 1880); Vicente Blasco Ibáñez, *Vuelta al mundo de un novelista* (Valencia: Prometeo, 1924); Federico García Sanchiz, *La ciudad milagrosa* (Madrid: V. H. Sanz Calleja, 1926); Luis de Oteyza, *De España al Japón* (Madrid: Pueyo, 1927); ———, *El diablo blanco* (Madrid: Pueyo, 1928); y Pío Baroja, *Yan-Si-Pao* (Madrid: Prensa Moderna, 1928).

-
47. Adrien Pasquali, *Le Tours des horizons. Critiques et récits de voyage* (Paris: Klincksieck, 1994) 113; Tzvetan Todorov, *Les morales de l'histoire* (Paris: Grasset, 1991), 104-105.
48. Larracochea, *Ramonchu en Shanghai*, 51-252; 252.
49. Ibid., 71.
50. Ibid., 97-98.
51. Ibid., 23.
52. Ibid., 23-24.
53. Ibid., 143-147; 188; 243-245.
54. Ibid., 243-245; 256-257; 261, 263, 267.
55. Ibid., 180.
56. Ibid., 9.
57. Ibid., 190.
58. Paul Smethurst, "Introduction," en *Travel Writing, Form, and Empire: The Poetics and Politics of Mobility*, ed. Julia Kuehn y Paul Smethurst, 1-18, 2 (New York: Routledge, 2008).
59. Steve Clark, "Introduction," en *Travel Writing and Empire: Postcolonial Theory in Transit*, ed. Steve Clark, 1-28, 3 (London: Zed Books, 1999).
60. Eric Hayot, *The Hypothetical Mandarin: Sympathy, Modernity, and Chinese Pain* (Oxford, Oxford Univ. Press, 2009), 35.
61. Larracochea, *Ramonchu en Shanghai*, 13.
62. Ibid., 97-98.

63. Ibid., 211.

64. Ibid., 230.

65. Ibid., 108.

66. Ibid., 212.

67. Ibid., 187.

68. Ibid., 136, 140; 183, 185.

69. Ibid., 231, por ejemplo.

70. Borao añade que “esta suposición también podría ser peregrina, no sólo en sí, sino porque la política franquista ayudó a los sefarditas, desafiando en ello a los alemanes. Quizás, Larracochea sólo hubiera querido al ignorarlos evitarse problemas innecesarios.” Borao, “Julio de Larracochea,” 27.

71. Larracochea, *Ramonchu en Shanghai*, 11.

72. Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation* (New York: Routledge, 1992), 8.

73. Ibid.